

SERMON SEGUNDO  
PARA EL DIA  
DE NAVIDAD.

*Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

Y sobre la tierra paz à los hombres de buena voluntad. *En el Evangelio de San Lucas, cap. 2. v. 14.*



Aviendo llegado aquellos dichosos dias en que el Hijo de Dios, prometido tantos siglos antes por los Prophetas, figurado por los Patriarcas, deseado de las Naciones, vino à comenzar entre nosotros la obra de la salvacion de los hombres, San Pablo en su Carta à los Hebreos nos enseña, que los Angeles tuvieron orden de adorarle: *Et adorent eum omnes Angeli Dei.* (a) Ocupados de un tan santo, y tan religioso espectáculo, y postrados à los pies de Jesus recién nacido, reconocieron aquella grandeza, y aquella Magestad incognita al mundo, y oculta bajo los velos de un hombre mortal.

En-

(a) Ad Hebr. 1. v. 6.

Encargase uno de ellos, en nombre de todos, de anunciar su venida al mundo; y así como havian sido los primeros adoradores, quisieron tambien ser los primeros Evangelistas: *Evangelizo vobis gaudium magnum.*

Pero en fin, entre la admiracion, y la alegría à vista de este Divino Salvador juntaron sus voces, é hicieron resonar en medio de los ayres el Canto de su Nacimiento: Gloria sea à Dios en el Cielo, y sobre la tierra paz à los hombres de buena voluntad. *Gloria à Dios*, porque va à recibir los homenajes de un merito infinito, y proporcionado à su Grandeza; porque un culto interior, espiritual, y digno de él va à formarse en el Universo; porque sus misericordias van à ostentarse en la publicacion de la Ley nueva; porque sus adorables secretos, que tenia como embueltos en la eternidad, comienzan à manifestarse. ¿Pero quien soy yo para ir à sondear sus eternos consejos en las tinieblas venerables de este Misterio?

Yo solamente me detengo en la felicidad de los hombres: *Pax hominibus.* Paz que Jesu-Christo viene à traer, y que es necesario publicar como el compendio de todas sus gracias. Paz, que ordena al nacer, y que recomienda al salir de esta vida, como una regla universal del Christianismo. Paz que derrama en todas las partes del Mundo, como un preparativo necesario à su santo advenimiento, y à la redencion de los hombres.

Y así me reduzco à estas palabras de mi texto, y me propongo mostraros (pues que ha venido el Salvador en un tiempo de concordia, y de paz)

- I. *¿Qual es la paz que quiere dar?* In terra pax.
- II. *¿Quienes son aquellos à quienes viene à darla?* Hominibus bonæ voluntatis.

Para explicaros bien estas verdades, es necesario que recurramos al Espiritu Santo por la intercesion de la Santisima Virgen:

*AVE MARIA.*

*PUN.*



## PUNTO PRIMERO.

Quando Dios por su misericordia, y por su sabiduría infinita quiso librar á los hombres de la servidumbre del pecado, los preparó á la venida de Jesu-Christo su libertador por una paz universal entre los pueblos, y las Naciones de la tierra. Roma despues de tantas guerras, y victorias, havia cesado de combatir, y de vencer. Todo estaba sujeto á la Grandeza, y á la Magestad de su Imperio. El siglo, por un orden secreto de la Providencia de Dios, havia venido á ser de repente feliz, y tranquilo; aquellas terribles puertas, que segun la antigua supersticion encerraban los tempestuosos destinos del mundo, estaban cerradas por su reposo; y la tierra, puesta en silencio, y como en suspension al acercarse el Señor, que venia á visitarla, se havia reunido bajo la obediencia de un Emperador, para pasar mas facilmente á la de Dios.

Así como la Aurora precede al Sol, la paz se adelantó, digamoslo así, á Jesu-Christo Salvador del mundo. Muchas razones dán de esto los Padres, que pueden servir á vuestra instruccion, y juntamente á vuestra edificacion.

La primera es, que habiendo venido Jesu-Christo, (segun el Apostol) para pacificar, y reconciliar todas las cosas, ya en el Cielo, ya sobre la tierra por la plenitud de su espiritu, y por la efusion de su Sangre sobre la Cruz, era conveniente, que tratase antes entre los hombres una imagen de esta paz enteramente divina, que las reconciliaciones temporales fuesen como un symbolo de esta reconciliacion espiritual; que ahogase las enemistades por defuera, como debia (segun el Apostol) ahogarlas dentro de sí mismo; y que la union politica de los Reyes de la tierra representase la union inefable que venia á formar,

mar, y establecer entre Dios, y el hombre.

Y así, toda la naturaleza llevo á ser mas dulce, y mas pacífica por respeto á su Criador: calmáronse todas las pasiones humanas para dár omenage al Dios de la paz que havia de nacer. Esto es lo que los Prophetas havian anunciado: *Vocabitur Princeps pacis.* (a) Es el Principe de ella, porque la manda por la autoridad de su palabra: Porque la grava en los corazones por la eficacia de su gracia: Porque él solo la puede dár por el privilegio de su potestad; y porque se digna él mismo de sujetarse á ella por un efecto de su misericordia. En estos dias (dice Isaiás hablando del Nacimiento del Salvador) se acabarán las guerras, ya no se armará un Pueblo contra otro: *Non levabit gens contra gentem gladium.* (b) Convertirán sus espadas en rejas de arado, y de sus lanzas harán hoces; *Constabunt gladios suos in vomeres, & lanceas suas in falces;* (c) y estos instrumentos matadores, y homicidas, que servian para la destruccion, y la ruína de los hombres, no se emplearán sino en conservarlos, y en alimentarlos.

Estas ideas de paz sin duda os mueven, Señores, y os dirigen á las ocasiones del tiempo presente. Verdad es, que Dios nos mira, á lo que parece, con compasion, y que derrama sobre nosotros sus antiguas misericordias. Las nubes que cubrian todo el Cielo, se han dissipado; la discordia se retira del mundo Christiano, sin esperanzas de volver á él. Nosotros vemos acabarse, no solamente nuestras desgracias, sino tambien nuestros temores. El Rey, por Religion, y por grandeza de alma, se ha dignado sacrificar al reposo publico las conquistas que havia hecho, y las que podia hacer; y de este modo paga con su propria gloria, á imitacion de Jesu-Christo, la felicidad que quiere procurar á sus Pueblos. ¡Oh si esta paz

(a) Isai. 9. v. 6. (b) Isai. 2. v. 4. (c) Id. Ibid.



paz que Dios viene à dar à los hombres fuese un presagio de que Jesu-Christo estaba pronto à renacer en sus corazones, que su Doctrina, y su Religion debian refloreecer en el mundo, y que todos los que creen en su nombre querian llegar à ser verdaderos hijos de Dios! Pero bolvamos à nuestro asunto.

La segunda razon porque la paz se halla restablecida en el Nacimiento del Hijo de Dios, es à fin de que el Evangelio pudiese ser mas facilmente anunciado para que todos los caminos estuviesen abiertos para publicarlo; para que la palabra de Dios penetrase à todas las Naciones, y à todas las partes de la tierra, y que la buena inteligencia de los Pueblos diese lugar al comercio de la Fé, y de la Doctrina de Jesu-Christo. Los Romanos (dice San Agustin) aquellos soberbios vencedores, servian, sin pensar en ello, à los designios de Dios. Sujetaban el mundo para que los Apostoles pudiesen ilustrarle. Por donde quiera que llevaban su gloria, abrian el camino à la verdad. Disponian al conocimiento de la Religion à los que su ambicion les hacia buscar para conquistarlos; y siguiendo los consejos, y las intenciones del Senado, seguian sin saberlo, las ordenes secretas de la Providencia.

Verdad es que el Evangelio no puede pasar à vuestro corazon, y à vuestro espiritu; pero por qué? Porque no hay paz de vosotros con vosotros. Hay turbacion, y disension dentro de vosotros mismos: si se os propone que ameis à Dios; no hay cosa mas dulce, no hay cosa mas justa, no hay cosa mas importante para vuestra salvacion; pero un tropél de afectos estraños, y enemigos se oponen à ello: la figura del mundo que os encanta: la imagen de esa criatura que os posee: el apego à esos bienes temporales que os inquieta, y yo no sé que amor próprio esparcido en todas vuestras acciones, aun las mas santas en la apariencia, os ocupa, y os engaña, cierra el paso de vuestro corazon à la caridad.

y.

y à la verdad Christiana.

Si se os exorta à perdonar à un enemigo, no hay cosa mas generosa, no hay cosa mas positiva en el Evangelio; pero la memoria de la injuria que se ha recibido, el desprecio con que se trata à una persona que desagrada, la pasion de vengarse, el temor de parecer cobarde, la impaciencia, y el orgullo amotinan el corazon contra la misericordia, y la caridad. Si se os insta à dar limosna, el Evangelio os representa el merito, la necesidad, y las recompensas, nada hay mas convincente, y necesario; pero la codicia de los bienes, el cuidado de amontonarlos, el dolor de perderlos, el ansia de enriquecer sus hijos, de mantener su luxo, sus juegos, ó sus placeres, de sostener su calidad, aunque no sea sino imaginaria, de comprar empleos muchas veces superiores à sus fuerzas, y algunas veces à expensas de sus acreedores, un tropél de deseos, de reflexiones, y de intereses combaten esta compasion, que la naturaleza, y la Religion inspiran para con los pobres. Las potencias de vuestra alma no están en paz, y mil sentimientos mundanos, que la codicia suscita como otros tantos Amorreos, y Amalecitas, disputan el paso à las inspiraciones del Dios de Israel.

La tercera razon de esta paz general en el Nacimiento de Jesu-Christo, es porque venia à traer al mundo una nueva especie de guerra: *Nova bella elegit Dominus*, dice la Escritura: (a) Cesad guerras exteriores, y temporales, en que los hombres combaten contra los hombres con brazos de carne, y armas materiales. Oy se declara en el pesebre del Salvador recién nacido una guerra espiritual, è interior, desconocida hasta entonces en el mundo, en la qual hace combatir, no à hombres de carne, y sangre, sino al Principe del siglo, y à las potestades de las tinie-

Tom. 6.

Oo

blas,

(a) Judic. 5. v. 8.



blas, que nos atacan, y nos rodean. Para vencerlos es necesario servirse de nuevas armas, armas espirituales, poderosas en Dios, llenas de la fuerza de Dios (dice el Apostol) que son la Fé, la Cruz, el Ayuno, la Mortificación, y la Penitencia. En este sentido es en el que Jesu-Christo nos advierte, que ha venido á traer la espada, no la paz: (a) *Non vni pacem mittere, sed gladium.* Mas digo yo, y es que no hay paz verdadera, sino por esta guerra. Si Moysés no hubiese hecho morir al Egypcio, la Sinagoga no estaria en paz; si Israel no hubiese destruído á los Amorréos, siempre le hubie-  
ra sido preciso estar armado.

La Santa Escritura advierte, que Gedeón levantò un Altar al Señor, bajo el nombre de *Paz del señor: Edificavit Gedeon Altare Domino, vocavitque illud Domini pax*, (b) al tiempo que iba á descargar sobre Mádian, quando derribaba el Altar de Baál, quando con la hoz en la mano cortaba los Bosques, que la supersticion havia consagrado á esta falsa divinidad. En las circunstancias de una guerra, en Visperas de un combate, cuya suerte puede ser dudosa, ¿quien no invoca al Dios de los Exercitos? Si tanta confianza tiene en la proteccion del Cielo, ¿quién no eleva antes un monumento eterno de reconocimiento al Dios que dà las victorias? ¿No teme acaso que á vista ya casi de los enemigos afloje con ideas de reposo, y esperanzas de paz un valor que era necesario excitar por pensamientos, é imaginaciones guerreras? Enseñanos, dice San Chrysoftomo que halla su reposo, y su gloria en destruir los enemigos de Dios, que este trabajo le es tan dulce como el placer de la victoria, y que en medio de los combates que se sostienen, y que se emprenden por él, se goza de una paz secreta, é interior, que es como el fruto de una guer-

(a) Matth. 10. v. 34.

(b) Judic. 6. v. 34.

guerra espiritual. Enseñanos, en fin, que para tener la paz que Jesu-Christo ha venido á traer á los hombres, es necesario hacer la guerra á nuestras vanidades, á nuestros errores, á nuestras avaricias, y á todos los Idolos de nuestro corazon.

Pero este Divino Salvador, especialmente ha venido para traernos la paz, y la caridad con nuestros hermanos como el fruto de su Nacimiento. Venid al rededor de este pesebre, en que está reclinado el Hijo de Dios (dice San Bernardo) adonde viene á bendecirnos, y á reunirnos todos á él. Allí es donde toma de la sustancia de una Virgen pura, una sangre que es el precio general de nuestra Redencion; y fuente comun de nuestros Sacramentos. Allí es donde toma un cuerpo, que asociandole á nuestra naturaleza, le une no solamente á todos los hombres, sino tambien á cada uno de nosotros por los vinculos de la misericordia, y de la caridad. Allí es donde exerciendo sus funciones, y su ministerio de mediador, nos reconcilia con su Padre, con nuestros hermanos, y con nosotros mismos. Allí es donde en medio de las incomodidades de la vida, y de las enfermedades de la infancia, Hijo, y por consiguiente heredero de la gloria, y de la Grandeza de su Padre, junta todos los Fieles, y les ofrece liberalmente á cada uno la porcion de su herencia. ¿No son estos los motivos de la paz, y de la caridad mutua que debemos tener unos con otros? Con todo eso, Señores, ¿como vivimos nosotros? No hablo yo aqui de esas brutales quejas que se autorizan con un pretexto de falso honor, que comienzan por ofensas crueles, y acaban por sangrientas venganzas. No hablo de esas enemistades inveteradas, que se mantienen algunas veces con escandalo, hasta el ultimo suspiro de la vida, en que el consejo de los buenos, y las exortaciones de un Confesor arrancan un perdon casi involuntario, menos del corazon, que de los labios de un hombre moribundo, que ya no se halla en estado de reco-



nocerse, y que no hace sino dar á los expectadores la Scene de una reconciliacion forzada. No hablo de esos Pleytos que se prosiguen mas por aversion, que por equidad, en los quales se emplean todas las astucias, y todas las malicias de la zizaña, y en donde no se teme ser arruinado, con tal que se desacredite, y arruine à su parte contraria. Ni hablo tampoco de los que (segun el language del Propheta) tienen siempre la paz en la boca, y la rabia en el corazon, los quales, como Jacob con fingidas caricias, dan el golpe mortal á la reputacion del proximo por calumnias, y murmuraciones verdaderas.

Hablo sí de los defectos ordinarios de la sociedad. No hay cosa tan dulce, ni tan apetecible como la paz entre los hombres, dice San Bernardo. Pero tampoco hay cosa tan fragil; la diferencia de costumbres, la desigualdad de inclinaciones, la concurrencia de intereses, la diversidad de opiniones, mil pequeñas contrariedades de que está lleno el trato del mundo, turban la paz, é interrumpen la caridad. De aqui provienen aquella indiferencia, y aquella frialdad que hacen, que en lugar de prevenirse mutuamente en el honor, y en la amistad, se hagan gravosos los unos á los otros, y que se formen, en fin, esos disgustos, esos desprecios, y esas aversiones secretas. De aqui nacen esos ayres de orgullo, que se afectan para con el proximo, de quien se exigen sin razon sumisiones, y deferencias, y á quien se gusta mas afligir que ceder, aun en lo mas minimo de sus intereses, ó de sus derechos para con él. De aqui esas contestaciones, en que pagado cada uno de su parecer, quiere triunfar por autoridad, mas que por razon; y en que se disputa, no tanto por instruirse, ó por corregirse, como por ofender, ó por vengarse.

Porque ¿ Quien es el indulgente, y caritativo en lo que mira á los defectos agenos? Ordinariamente es uno

curioso en descubrir los, y descompasivo en publicarlos. Nadie está libre de la malignidad, y de la contradiccion de las lenguas. Buscanse fragilidades que notar en aquellos en quienes no se pueden hallar vicios. Desfiguranse á lo menos sus virtudes, y ya que no se los pueda hacer parecer malos, se prueba á lo menos á hacerlos ridiculos. ¡ Con qué temeridad, y con qué indiscrecion se juzgan unos á otros! Preocupanse de sus cosas, y siempre á mala parte. Se examinan con rigor las obras que se ven; y se quieren adivinar, y censurar las intenciones que no se ven, y se erige un Tribunal terrible, en donde se decide del honor, y de la reputacion del proximo por un juicio frivolo, y barbaro, que de ordinario no tiene por fundamento mas que una relacion, y un *asi lo he oido decir*. Porque hay, Señores, una especie de hombres, que la Escritura (a) llama *Malditos*, que sobre relaciones muchas veces falsas, y casi siempre infieles, van sembrando la discordia entre los hermanos, agriando los animos, fortificando los odios ya formados, y arrojando con arte chispas en unos corazones prontos á inflamarse.

Jesu-Christo ha venido, como Dios de la paz, para habitar con nosotros. (b) *Deus pacis, & dilectionis erit vobiscum*, dice el Apostol; y para eso es necesario tener paz con todos los hombres: (c) *Cum omnibus hominibus, si fieri potest, pacem habentes; si puede ser*, dice; porque hay ocasiones en que esta dulzura exterior es imposible, quando por una sabia, y discreta firmeza es necesario defender la justicia, ó la verdad contra el error, ó la mentira. Quando es necesario corregir el pecado sin temer la malicia del que le comete, ni el poder del que le protege. Quando es necesario derramar en el corazon del pecador, por discursos convin-

cen-

(a) Eccli. 28. v. 15. (b) 2. Ad Cor. 13. v. 11.

(c) Roman. 12. v. 18.



centes, y sensibles, amarguras saludables, y contristarle para su salvacion en la penitencia. Pero la caridad siempre debe estar en el corazon; y el medio mas seguro de tener la paz de Jesu-Christo es procurarsela à los demàs.

Y asi Jesu-Christo no solamente es Dios de nuestra paz, *Deus pacis nostra*, sino tambien nuestra paz él mismo (a) *ipse est pax nostra*, como es nuestra reconciliacion, y nuestra propiciacion; porque nos la ha predicado por sus instrucciones, y por sus exemplos; porque nos la ha obtenido por sus sufrimientos à costa de su propria sangre; porque tienen sus dones, (dice San Bernardo) no solamente una excelencia de merito, sino tambien una eficacia de vida, que hace que sea él mismo lo que nos da. Pero, en fin, es nuestra paz, poniendose (digamoslo asi) en la persona de nuestros hermanos, como objeto de nuestra paz. Representemonos à Jesu-Christo en ellos, y jamás romperémos la paz. Los Grandes nunca se atreverán à oprimir à Jesu-Christo en los pequeños. Los pequeños nunca se atreverán à deshonorar à Jesu-Christo en los grandes. Los ricos tendrán verguenza de dejar morir de hambre à Jesu-Christo en los pobres. Los pobres se humillarán delante de Jesu-Christo en la persona de los ricos. Esta reflexion nos conservará siempre en la paz que Jesu-Christo al nacer ha venido à traer al mundo. Veamos ahora en esta segunda parte quienes son esos hombres de buena voluntad, à quienes los Angeles la han anunciado.

PUN-

(a) Ephes. 2. v. 14.

## PUNTO SEGUNDO.

**D**IOS (segun los terminos del Apostol) no es Dios de la disension, sino de la paz: *Non est Deus disensionis, sed pacis.* (a) Quando crió nuestra naturaleza, la crió no solamente racional, sino tambien inocente, y por consiguiente apacible, y pacifica. Estableció su Reyno dentro del hombre. La Providencia le conducia, la Obediencia le servia de regla, la Justicia, y la Fortaleza le sostenian. Toda esta felicidad le venia de la tranquilidad del orden en que havia sido formado. El espiritu no oprimia al cuerpo, el cuerpo no agravaba al alma, el bien se hacia sin trabajo, la razon, y la voluntad se gobernaban sin que la carne, y la sangre se opusiesen à ello. Todo el hombre estaba en su fuerza, y en su vigor, porque gozaba de una perfecta paz, y porque no estaba debilitado por division alguna entre sí mismo.

Pero habiendo arrojado la Serpiente en el hombre una fatal division entre la carne, y el espiritu, la razon, y las pasiones, el hombre exterior, y el hombre interior, fue preciso que Jesu-Christo viniese para formar una nueva generacion, en la plenitud de los tiempos, à restablecer por la autoridad de la Ley, y por la eficacia de su gracia esta divina paz, trayendola su unidad, congregando à los que estan cerca, y à los que estaban, ó parecian estar distantes: (b) *Veniens evangelizavit pacem vobis, qui longe fuistis, & pacem iis qui prope*, dice San Pablo. ¿Pero à quien anuncia esta paz? A los hombres por quienes Dios tiene buena voluntad; à los hombres que tienen buena voluntad para Dios, *hominibus bona voluntatis*. A los Justos que tienen buena

(a) 1. Ad Cor. 14. v. 33.

(b) Ephes. 2. v. 17.